

Gilberto de Mello Kujawski

ECOLOGIA: ¿CUAL ES EL VERDADERO LUGAR DEL HOMBRE?

La ecología, como es sabido, es la parte de la biología que estudia las relaciones que existen entre los organismos y el medio en el que viven, los lazos de dependencia recíproca entre el ser vivo y su "oikos" (casa, morada). El término fue introducido, en la segunda mitad del siglo XIX, por el biólogo alemán Haeckel (nombre bastante familiar en la Escuela de Recife, creador del monismo naturalista o mecanicista). El principio básico de la ecología establece que "todo está ligado a todo", que hay una circulación vital entre todos los elementos de la naturaleza, que se relacionan mediante leyes de dependencia mutua, formando así un vasto ecosistema. Si un punto del ecosistema es afectado, todo el ecosistema lo es. Actualmente despierta la alarma de la conciencia ecológica el hecho de que la red del ecosistema está afectada en muchos puntos, comprometiendo el presente y el futuro de todas las especies vivas, incluso la humana. La industrialización desordenada, la superpoblación, el desenfrenado consumismo, el gigantismo urbano, la explotación inescrupulosa del suelo, la progresiva destrucción de los bosques, el uso de insecticidas y de detergentes "duros", la quintuple contaminación del aire, de las aguas, de los alimentos, sonora y radioactiva, son algunos de los cánceres responsables del deterioro universal de la vida biológica, amenazándola de extinción en todos los niveles, desde las formas más elementales hasta sus estructuras más elevadas y complejas. La ecología, en la medida que exige la transformación e incluso la revolución en el trato que el hombre da a la naturaleza, conforme se erige en estrategia para la sobrevivencia universal y por lo tanto de la especie humana, se desdobra en biología y en humanismo. Como humanismo, la ecología interesa a todas las ramas del saber y de la acción, a la política, la economía, la técnica, la ética, la estética, la antropología, la sociología, la filosofía y aún la teología. (San Francisco de Asís que exaltó fraternalmente el universo en el *Cántico de las criaturas*, es considerado el patrono de la ecología). Lo dice Anne Crisholm al escribir acerca del último libro de Lewis Mumford, *The Pentagon of Power*: "El poder sobre la naturaleza se alcanzó a un precio muy alto. Una vez que el método y la ideología dependieron del fraccionamiento de los fenómenos naturales en parcelas controlables, en teorías y experiencias, antes de pasar al problema siguiente, el hombre fue perdiendo el sentido de la vida como una gran trama, que es lo que enseña la ecología. La teoría de Mumford consiste en que, muy pronto, el hombre empezó a despreciar el mundo de la naturaleza, a sentir que su espíritu ya la había superado y que sus máquinas podrían encargarse de las funciones esenciales. Muestra que el estudio de la ecología de los sistemas naturales es la contrapartida de ese punto de vista arrogante".

La naturaleza contaminada por el racionalismo

En suma, la ecología presenta un doble aspecto: el biológico y el humanístico. Frecuentemente surge como un humanismo con base biológica. La pregunta es la siguiente: ¿es concebible un humanismo de base biológica? La respuesta será negativa, salvo que se admita el factor biológico como decisivo en el hombre. Y será afirmativa, si se considera al hombre como un ser esencialmente biológico, como hace la ecología. Para ésta, el hombre no pasa de ser un "organismo" particular asociado a otros organismos en el contexto del gran "medio ambiente" que es la naturaleza. Organismo y medio ambiente son términos correlativos. "No existe eso de un organismo sin su ambiente, de la misma manera que tampoco existe en la tierra un ambiente sin organismo".² Ahora bien, esta concepción del hombre como "organismo", y de la naturaleza como "ambiente" además de constituir un error descriptivo, implica más de un peligro ideológico. Los ecologistas merecen total y calurosa simpatía por la generosidad y nobleza de sus intenciones. No deben ser el blanco de una observación crítica brusca o impaciente, pero no cabe duda de que sus postulados fundamentales, que consideran al hombre como "organismo" y a la naturaleza como "ambiente", encierran un error y un peligro que ellos mismos no perciben.

Le correspondió al famoso biólogo Jakob von Uexküll el mérito de demostrar, hace más de setenta años, que la realidad del medio ambiente no es tan simple como parece. En apariencia, el medio ambiente es un fenómeno que "ya está ahí", como un escenario vacante e idéntico para todas las especies. Pero el biólogo alemán demostró que esta imagen no es exacta. El medio ambiente o "medium" no está, simplemente, ahí, sino que surge de la acción biológica de la especie sobre el entorno, formando con éste un todo funcional en el cual no hay vacíos ni separación entre el cuerpo vivo y su ambiente; el medio ambiente ocurre dinámicamente. Y como la acción biológica está condicionada por la estructura física y biológica del ser vivo, el medio se presenta como distinto para cada especie. Cada cual tiene su "medium" propio y exclusivo.

Más que un error, un peligro ideológico

Las especies viven en mundos distintos, según el punto de vista de cada una (lo que no impide que, objetivamente, se asocien en la totalidad superior del ecosistema). El punto fundamental en la teoría de von Uexküll es que el medio ambiente es construido por la acción biológica del ser vivo, con el cual se consustancia en una perfecta unidad funcional que varía conforme a la estructura orgánica de la especie. El "ha-



bitat” se forma con los elementos que el ser vivo de un determinado tipo percibe en el contorno al cual está funcionalmente adherido.

En estos términos, ¿valdrá también para la especie humana lo que vale para la generalidad de las especies? La respuesta es negativa. ¿Por qué? Porque el hombre desconoce la acción biológica puramente instintiva. En él la acción biológica se manifiesta complicada con la acción racional, entremezclada de vacilaciones, opciones, consideraciones, valoraciones, cálculos y planes. Esto lo observa otro von Uexküll, sobrino del primero: “El hombre abandonó las relaciones sensibles de las acciones biológicas instintivas. Ya no las realiza originalmente como un autor preso en la totalidad de la acción. Trata de realizar las acciones desde fuera, a fuerza de consideraciones y de planes”.³ En otras palabras: el hombre está fuera de la naturaleza. No existe una continuidad ontológica entre el ser y la naturaleza; la razón opera esta solución de continuidad, a medida que ésta sustituye la respuesta instintiva a las variaciones del contorno por la respuesta inteligente, inventiva, creadora. Por lo tanto —y no sé si esta conclusión se encuentra en von Uexküll— el hombre es la única especie conocida que carece de un “habitat” propio, al cual se conjuga funcionalmente, como el tigre a la selva, o el oso polar al hielo, o el camello al desierto. Sin “habitat” en el cual incluirse, suelto y libre por toda la extensión de la tierra, el hombre deja de ser un extraño en el nido de la naturaleza.

Teilhard de Chardin hace precisamente la misma observación. Según este antropólogo no hay ningún rasgo anatómico o fisiológico que distinga al hombre de los otros animales superiores. Sin embargo, el hombre exhibe una característica zoológica que lo convierte en un ser aparte en el mundo animal. En efecto, la especie humana es la única que habita en todo el planeta. Cada animal vive circunscrito a su “habitat”. Sólo al hombre se lo encuentra, sin excepción, en todas las regiones del globo. Es el animal ecuménico. Comentando esta observación de Teilhard de Chardin, se preguntaba Ortega y Gasset cuál es la razón de esa “planetaria ubicuidad” del ser humano. Y responde: “Cada especie zoológica o vegetal encuentra en la tierra un espacio con determinadas condiciones donde poder habitar, sin más. Los biólogos lo llaman su “habitat”. El hecho de que el hombre habite donde quiera, ésta su planetaria ubicuidad significa, claro, que carece propiamente de “habitat”, de un espacio donde, sin más, poder habitar. En efecto, la tierra es para el hombre originariamente inhabitable —*unbewohnbar*. Para poder subsistir intercala, entre todos los lugares terrestres y su persona, creaciones técnicas, construcciones que deforman y conforman la tierra, de modo que resulte más o menos habitable. El hombre es un intruso en la llamada naturaleza.

Viene de fuera de ella, es incompatible con ella, está esencialmente inadaptado a cualquier *milieu*. Por eso construye, *baut*. Y como puede construir en cualquier lugar del planeta —y siempre con un diferente tipo de construcción—, es capaz, *a posteriori*, de habitar en todas partes.⁴ Tenemos, pues, que el animal hombre carece de ambiente propio, natural y exclusivo; es esencialmente extraño, desambientado, inadaptado a la naturaleza; por eso construye; construye para poder habitar; y como puede construir en cualquier parte, habita toda la extensión del planeta.

Cómo considerar la “ecología”

La tierra, originariamente inhabitable para el hombre, se nos aparece, desde el comienzo, como una fuente de peligros, de problemas y de desafíos. Este hecho no se le escapó a Toynbee cuando atribuyó el origen de las civilizaciones al principio de “reto y respuesta” (*challenge y response*). He aquí lo que respresenta la naturaleza en sus primeros momentos para el hombre: no un ambiente ideal, como el agua para el pez, o el aire para la golondrina, sino un tremendo y total desafío. Toynbee admite, pues, que el contorno físico engendra las civilizaciones, no de modo directo, siéndoles favorable, sino precisamente en la medida en que se declara hostil al hombre, proponiéndose como un desafío, como un reto a la sobrevivencia. Excelente idea, sólo que no del todo nueva, ya que había sido enunciada antes por Ortega, en 1922, en los siguientes términos:

El paisaje no determina casualmente, inexorablemente, los destinos históricos. La geografía no arrastra la historia: solamente la incita. La tierra árida que nos rodea no es una fatalidad para nosotros, pero sí un problema. Cada pueblo se encontró con lo suyo, planteado por el territorio al que llegó, y lo resolvió a su manera, unos bien y otros mal. El resultado de esa solución son los paisajes actuales.

Es preciso, pues, invertir los términos. El dato geográfico es muy importante para la historia, pero en sentido opuesto al que Taine le atribuía. No hay que tenerlo en cuenta como causa que explique el carácter de un pueblo y sí, por el contrario, como síntoma y símbolo de ese carácter. Cada raza lleva en su alma primitiva un ideal de paisaje que se esfuerza por realizar dentro de las fronteras geográficas del entorno. Castilla es tan terriblemente árida porque es árido el hombre castellano. Nuestra raza aceptó la sequía ambiente por sentirla afín con la planicie inculca de su alma.⁵

La naturaleza no equivale al ambiente natural para el hombre puesto que éste no tiene un ambiente natural y es un



ser esencialmente desambientado. La naturaleza asalta al hombre como un reto que exige respuesta, como una Esfinge que amenaza con devorarlo si no sabe descifrarla. Y el hombre responde al reto de la naturaleza de acuerdo con su ideal de vida peculiar, o, como dice Ortega en otro texto, según la "inspiración histórica", el proyecto vital de un pueblo. Por eso corresponde rectificar a la ecología y afirmar que la naturaleza no es un ambiente en el cual el hombre puede entrar como la mano en un guante, sino que es problema, desafío, circunstancia; y que el hombre, a su vez, no es organismo sino proyecto. Ya se ha dicho que los ecologistas podrían adoptar como lema la intuición central de Ortega que dice: "Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella, no me salvo a mí mismo".

Se ve con claridad que no es una mera distinción académica hablar de circunstancia y proyecto en vez de ambiente y de organismo. Veamos algunas conclusiones inmediatas derivadas de ese cambio de conceptos:

1) No hay armonía natural, preestablecida o *a priori* entre hombre y naturaleza. Se verifica, en cambio, un combate incansante, muchas veces milenario, entre el proyecto de instalación humana en el entorno y la adversidad de la naturaleza, un cuerpo a cuerpo entre el hombre y su circunstancia. La única armonía posible entre ambos es de orden cultural y no natural y *a posteriori*. No fue el hombre quien estableció, por su mala conducta reciente, la ruptura con la naturaleza. Esta existió siempre como una nota esencial de la condición humana. Por lo tanto, no hay que preocuparse por "restablecer" de ahora en adelante una situación idílica, la luna de miel entre el hombre y la naturaleza, dado que ésta nunca existió ni puede existir. El hombre no puede "volver" a la naturaleza porque, en rigor, nunca fue miembro de ella.

2) Basta la discontinuidad permanente entre el hombre y la naturaleza para desmentir el mito del "equilibrio ecológico". El hombre puede definirse como el desestabilizador nato de la tierra y del cielo, puesto que nada se establece en ningún trecho del planeta sin imponer modificaciones en cadena en el medio natural. Veamos la palabra de uno de los más lúcidos pensadores de la ecología, Kenneth Boulding:

Desconfío mucho del preconcepto de equilibrio de los ecologistas. La verdad es que todavía no hemos tenido un estado de equilibrio en nuestro universo durante tres billones de años y medio y que no vamos a empezar ahora. La vida es un proceso que evoluciona. Todo equilibrio en el planeta es apenas provisorio. Siempre ha sido destruido por alguna especie de potencial que evoluciona. La idea de que es posible conseguir un equilibrio y mantenerlo es una rematada tontería, especialmente con una criatura como el hombre.⁶

3) Quien, al descubrir las playas del Nordeste o al pasear por la Floresta Negra brasileños, hablase de "ambiente" sería como un oyente de la *Novena Sinfonía* que la considerase tan sólo un complejo fenómeno acústico. Reducir el paisaje a "ambiente" constituye una degradación de la naturaleza tan grave como cualquier otra y manifiesta la peor forma de polución, la del racionalismo.

La ecología no debe enrarecerse en el ambientalismo, siempre a un paso del conservadurismo más reaccionario. Véase el caso de la selva amazónica. Según los conservadores puros no se debe tocar para nada la selva, para preservarla como el último pulmón verde de la humanidad; esto se considera insostenible. De lo que se trata es de integrar la selva amazónica, sin desintegrarla, al contexto de la cultura occidental o sudamericana. Integrar sin desintegrar: de eso se trata. Integrar la biosfera, sin desintegrarla, en la socioesfera. Cosa nada fácil, puesto que el racionalismo ha acostumbrado al espíritu occidental a asimilar las cosas sólo después de reducir las explicativamente, con abstracción de sus "últimos elementos", esto es, a poseer las cosas (en la ciencia, en la moral, etc.) después de haberlas perdido.

4) El organismo, conjugado de modo funcional con el ambiente, está sometido finalísticamente por éste. Si la naturaleza fuese ambiente para el hombre, sería también para él un fin en sí misma. Como es circunstancia, no se convierte en un fin en sí, sino en un medio para el hombre. La degradación de la naturaleza consiste en que el hombre la ha limitado a ser un medio para sus fines económicos y nada más, cuando la naturaleza es un medio en el sentido más vasto y diferenciado posible, un medio de realización ética, estética, política, contemplativa y religiosa. Entre la dominación expoliadora de la naturaleza y la sumisión pasiva a ella existe una tercera opción que consiste en convivir amistosamente con la misma, después de haber sido pacificada por el hombre, después de que la geografía cedió ante la historia y surgió como paisaje domesticado por la cultura. El paisaje es la naturaleza filtrada por la cultura.

La naturaleza: un desafío para el hombre

Además de representar un error descriptivo y filosófico, el humanismo de base biológica entraña un peligro ideológico. En efecto, el hombre reducido a la condición de organismo, es decir, de cosa, podrá ser interpretado ideológicamente de dos maneras: 1) como función económica, fuerza de trabajo, reproductor de la naturaleza según la ley de la necesidad orgánica; o 2) como función racial, tanto más enérgica cuanto más preservada en su pureza biológica, todo situándose dentro de la más rígida tradición nazi.

Habrà una ecología de izquierda, que atribuya exclusivamente al capitalismo la responsabilidad por el envenenamiento de las fuentes de la vida. Pero esa ideología marxista para la redención del ecosistema será imposible mientras dure el proceso capitalista de explotación del hombre por el hombre y de la naturaleza por el hombre. Los mecanismos del lucro atacan vorazmente a los mecanismos de la naturaleza (Laura Conti). El capitalismo obliga a la agricultura a sustituir los abonos orgánicos por los fertilizantes artificiales, provocando la erosión del suelo y la atrofia de las aguas. Obliga al uso de defensivos como el DDT, que mata a los pájaros insectívoros, a una mejor defensa contra las plagas, e intensifica la resistencia de los insectos, dando lugar a la venta de venenos sucedáneos. Las multinacionales no preservan las selvas del Tercer Mundo, derrumbándolas para vender



madera y aumentar las áreas de pastura, además de contaminar las ciudades con todo tipo de industrias malolientes. El sistema capitalista no sólo le impide al hombre desarrollar su personalidad y superar la alienación sino que también le impide vivir. "La sociedad capitalista mata a la especie (o mejor, a las especies)".⁷

No cabe duda de que el capitalismo puede ser culpado de muchos crímenes, pero no de éste. La degradación general de la naturaleza, la polución universal, el desprecio por las fuentes de la vida son males propios de la sociedad industrial moderna, sea cual sea su modo de producción. En este aspecto el socialismo no es más inocente que el capitalismo. La sociedad industrial, como dice Raymond Aron, posee muchas características comunes tanto al capitalismo como al socialismo. Por ejemplo, el imperativo del crecimiento. Este, según Aron, pese a ser un fenómeno mensurable, cuantitativo, está determinado por factores cualitativos. "La dificultad de determinar las causas del crecimiento consiste antes que nada en que el crecimiento se mide, en que es una cantidad, pero los fenómenos que lo determinan son esencialmente cualitativos. Sólo cambian los hombres, su manera de pensar, su manera de trabajar."⁸ La dialéctica del crecimiento no es ciega, mecánica, sino que está condicionada por factores cualitativos, por la manera de ser y de pensar de los hombres. Por lo tanto, es lícito concluir que está al alcance tanto del socialismo como del capitalismo tomar las providencias necesarias para corregir la agresividad de la economía contra el medio natural. No otra cosa es lo que se ha hecho en las sociedades occidentales, capitalistas, contrariamente a lo que sabemos que ocurre en los Estados socialistas. Hace tiempo que la sociedad capitalista despertó globalmente ante la llamada cuestión ambiental, pero eso todavía no ocurre con la Unión Soviética, aunque está acosada por los mismos problemas, según puede verse en los textos de Solzhentayn sobre el deterioro del medio urbano en la U.R.S.S. Y el sistema capitalista no ha impedido la conquista de los mejores resultados en el control de la polución, como demuestra lo que se ha logrado en Londres después del famoso desastre ecológico de 1952, cuando el *smog* provocó la muerte de cuatro mil personas, hasta el punto de que Londres se ha convertido ahora en el "símbolo de una recuperación posible".⁹

Por otra parte, el propio humanismo de base ideológica, en la medida que pretenda hacer del hombre un animal fuerte y sano, insistiendo en la necesidad de una escrupulosa profilaxis ambiental, puede precipitarse en el mito de la pureza de sangre, prefigurando una siniestra ecología de derecha. El mito de la pureza siempre ha sido catastrófico en la historia, ya se trate de pureza religiosa, política, moral, tecnocrática o racial. Alimenta la combustión de fanatismos se-

culares (como en el actual Irán), divide internamente a las naciones, provoca la guerra de unas contra otras, sembrando la intolerancia a los cuatro vientos. El nacional-socialismo alemán, con su organicismo totalitario, su mística de pureza racial y su enfermiza obsesión de exterminio de cualquier cuerpo extraño, ¿no fue, acaso, un inmenso, sistemático y monstruoso ensayo ecológico de derecha?

El hombre: un extraño en el seno de la naturaleza

La ecología, entendida como un humanismo de base biológica, encierra un error y un peligro. Ni el hombre es un simple "organismo" ni la naturaleza es un simple "ambiente", con el cual estaría naturalmente conjugado, como el animal, con su "habitat". El hombre es proyecto, impulso de libertad y la naturaleza no es su ambiente, su casa (*oikos*) lista para recibirlo, sino la circunstancia adversa, que se opone a ser moldeada y estructurada como casa del hombre, de acuerdo con su imprevisible y variable fantasía cultural. Tratada por la cultura, la naturaleza se transforma en circunstancia dispuesta y favorable a la libre expansión de las aptitudes humanas en todos los sectores en los cuales el hombre se revela creador. La naturaleza, filtrada por la cultura, se abre como un paisaje humano. Urge libertar al paisaje para que muestre todas sus facetas. La naturaleza científica del biólogo (ambiente) y la naturaleza utilitaria de los economistas (recursos materiales) debe ceder ante la naturaleza del pensador, del artista, del deportista, del hombre religioso, del hombre común, para que éste no se disuelva en el nihilismo, sino que afirme algo de su auto-identidad al nacer, vivir y morir a la sombra de los mismos árboles.

Traducción de Ida Vitale

Notas

- ¹ Anne Crisholm, *Ecología: una estrategia para la sobrevivencia*, Zahar, p. 11.
- ² L. Mumford, *ob. cit.*, p. 12.
- ³ E. Grassi, Th. von Uexküll, *Las ciencias del espíritu y de la naturaleza*, p. 193.
- ⁴ Ortega y Gasset, *En torno al Coloquio de Darmstadt*, 1951, O. C., IX, p. 640.
- ⁵ Ortega y Gasset, *Temas de viaje*, 1922, O. C., II.
- ⁶ A. Crisholm, *ob. cit.*, p. 48.
- ⁷ Laura Conti, *¿Qué es la ecología?*, Barcelona, p. 150.
- ⁸ Raymond Aron, *Dix-huit leçons sur la société industrielle*, p. 190.
- ⁹ A. Moser, *Ecología: desafío teológico e ético*, Revista "Vozes", LXXIII.

